

Los jóvenes chilenos y la crisis de la modernización

Eduardo Valenzuela

LA NATURALEZA DE LA CRISIS a la que se enfrentan los jóvenes chilenos está vinculada con el auge y desmoronamiento de los procesos de modernización emprendidos en las últimas décadas. En este lapso puede distinguirse nítidamente un periodo de expansión del proceso de desarrollo y otro de involución: en el primero, la modernización se guió por la hipótesis de la simultaneidad del proceso de cambios (que abarcaba todas las dimensiones —económica, social y política— y resolvía, al mismo tiempo, los desafíos del crecimiento, la participación y la integración); en el segundo se rompe con esta hipótesis: el desarrollo es un proceso que incorpora sucesivamente estratos y dimensiones.

La imagen de la modernización es la misma: desarrollo de la división del trabajo y de las fuerzas productivas, secularización de los valores, racionalización de las conductas sociales. Las diferencias se producen en los modelos de desarrollo que se establecieron: en un caso, se intenta ejercer un control sobre el proceso de cambios; en otro se establece definitivamente la primacía del mercado en la orientación y regulación de éste.

Esta diferencia no es accesoria como veremos en estas páginas. El desarrollo, entendido como un proceso deliberadamente regulado por el Estado, siguió una pauta precisa: permitió orientar y dinamizar el crecimiento económico, pero, al mismo tiempo, reducir las desigualdades y favorecer la integración, especialmente de las áreas marginadas. Las crisis de este modelo sobrevino en el marco de una aceleración de las fuerzas centrífugas de la sociedad: urbanización rápida (e incluso metropolitanización), sobreescolarización, pleno empleo y universalización de la participación política. La introducción de una regulación mercantil (acompañada, desde luego, de autoritarismo político) conllevó expresamente este proceso: el desarrollo quedó librado al mercado. Las consecuencias de esto han sido tanto el incremento de las desigualdades sociales (efecto clásico del mercado en situaciones de distri-

bución desigual de las capacidades de demanda), la reducción de la participación (confinada al terreno de las demandas privadas de mercado) y la desintegración de la vida social (por obra del predominio creciente de relaciones puramente contractuales). El proceso de modernización del último decenio se caracteriza, en efecto, por la pretensión de constituir al mercado en el principio de articulación social y reducir las funciones del Estado a funciones sólo negativamente reguladoras.

Anomia y modernización

La precariedad del mercado como instrumento para producir orden social ha sido un tema clásico en la sociología. La sociología durkheimiana fue justamente una crítica al contractualismo y a la trasposición de modelos de mercado (elaborados por la economía neoclásica) al análisis social. Durkheim se esfuerza por demostrar, en el marco de su polémica con Spencer, que la solidaridad contractual (características de las relaciones de mercado) no produce cohesión social. “En el caso del intercambio —dice Durkheim— los diversos agentes no quedan ligados unos a otros, y terminada la operación cada uno se reencuentra y retoma totalmente a sí mismo. Las conciencias sólo están en contacto superficialmente, ni se penetran ni se adhieren fuertemente unas a otras.”¹ El orden social nunca es la resultante de la red de acciones y concertaciones individuales que componen la sociedad, como pretende definirse el equilibrio macroeconómico. La modernidad (entendida aquí como la extensión del mecanismo autorregulador de mercado), en la medida en que generaliza la acción electiva y los mecanismos de solidaridad contractuales, amenaza con introducir una situación de desintegración normativa que Durkheim denominaba anomia (falta de reglas).

Esta reflexión sobre la anomia es retomada en el mismo sentido en *El suicidio*. El origen de la anomia es, en este caso, el deseo ilimitado de lucro y la exacerbación de los deseos sexuales, y son éstas las dos clases de anomia que estudia: la anomia económica (característica del *laissez faire* del mundo de la industria y del comercio) y la anomia conyugal (propia de sociedades permisivas en materia de divorcios). La hipótesis durkheimiana es que la orientación hacia la maximización del placer y de la ganancia sin regulación normativa alguna conduce a la ruptura de los vínculos sociales —y, en el límite, al suicidio.

Toda sociedad requiere de principios de integración no contractuales diferentes de los que provee el mercado. Se trata, en efecto, del

¹ E. Durkheim, *De la división del trabajo social*, Editorial Schapirc, pp. 174-175.

úcleo de reglas, valores y certezas comunes, no sujetas a negociación, que constituyen el fundamento del orden social. La célebre definición de Durkheim de la sociedad como coacción, vale decir, como producción anterior a los individuos, así como sus preocupaciones ulteriores por la religión como fundamento de la solidaridad moral resumen esta crítica al contractualismo.

La conclusión durkheimniana es singularmente apropiada para definir la crisis que provocan los modelos de modernización mercantiles que se emprendieron en el último decenio. La expansión del mercado ha tenido justamente estas características: ausencia de “reglamentación” (eliminación de toda intervención colectiva sobre los procesos de producción y de cambio) y ausencia de fines y valores comunes que orienten la actividad social. La predicción durkheimniana acerca de los efectos anómicos del predominio de la solidaridad mercantil se confirmará plenamente en la sociedad chilena: “la esfera de la acción social iría empequeñeciéndose cada vez más, pues no tendría otro objeto que impedir que los individuos se usurparan los derechos entre sí y que se perjudicaran recíprocamente, no sería más que negativamente reguladora”.² La crisis modernista se expresará, pues, como crisis de integración (desarticulación de las reglas, valores y certezas comunes que constituyen el orden social).

Todos estos síntomas de desintegración serán particularmente ostensibles en el caso de la juventud popular, como veremos enseguida. El mercado se revelará aquí atterradoramente: desarticula la industria y las oportunidades de trabajo asalariado, quiebra las bases de la comunidad familiar, expulsa temporalmente a los jóvenes de la escuela y los excluye de la sociedad política.

Exclusión y desintegración

La extensión del mercado se produce primeramente en el terreno de la economía. Los resultados son bastante conocidos; importa destacar aquí, sin embargo, el efecto desindustrializador, ya que la industria era el principal medio de integración ocupacional de los jóvenes de estratos bajos. En efecto, la nueva generación ha sido intensamente desproletarizada: en 1971, el 35.9% (206.9 miles de jóvenes) de la población económicamente activa no agrícola joven estaba ocupada en el sector productivo, en 1980 (año de prosperidad económica en el último decenio) la proporción era sólo de 16.2% (129.2 miles de jóvenes). Este descenso se concentra en la industria sustitutiva (que expulsa 65 000 jóvenes) y en menor medida en la construcción y el transporte.

² E. Durkheim, *op. cit.*, 172.

También esta disminución de los obreros en sectores productivos es más intensa entre los jóvenes: en la PEA no agrícola mayor de 24 años el peso relativo del empleo obrero disminuye en 39.9% mientras entre los jóvenes la caída es de 54.9% en los años indicados. El déficit de empleo obrero productivo —manteniendo constante la tasa alcanzada a comienzos de la década de los setenta— puede ser calculada en 157 000 jóvenes.

CUADRO 1

Chile: Población joven (15-24 años), 1960-1985

<i>Años</i>	<i>Población joven</i>	<i>% población total</i>
1960	1.382.737	18.2
1965	1.591.302	18.7
1970	1.754.450	18.7
1975	2.021.078	19.7
1980	2.323.578	20.6
1985	2.384.424	19.2

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Chile.

El destino de toda esta población expulsada de la industria han sido las posiciones marginales del empleo y, sobre todo, la desocupación. Bastará decir aquí que la proporción de jóvenes desempleados se incrementa de 8.3% (48.1 miles) en 1971 a 24.3% (193.8 miles) en 1980. También aparecen los adscritos a programas estatales de subsidio a la cesantía (Programa de Empleo Mínimo, PEM), que concentran casi el 6% de la fuerza de trabajo juvenil en 1980 (46.9 miles), y, aunque menos intensamente, los trabajadores del comercio y los servicios marginales y los obreros fuera del sector productivo (véase el cuadro 2).

Una estimación general de la magnitud de la exclusión ocupacional que se produjo (que incluye desocupados, empleadas domésticas, obreros adscritos al PEM y comerciantes y trabajadores de los servicios marginales) indica que en 1980 ésta alcanzó al 45.5% de la PEA joven no agrícola (363.000 jóvenes), mientras en 1971 era solamente el 23.3% de aquélla (134.4 miles de jóvenes). La crisis más reciente sólo lleva al extremo estas tendencias: la exclusión ocupacional en 1982 —conservando las categorías anteriores— se eleva al 59.1% de la fuerza de trabajo joven (485.7 miles), básicamente por el aumento explosivo del desempleo, que alcanza una tasa de 35.1% y de los programas de empleo mínimo que se elevan al 12% de la PEA joven. Asimismo la crisis reduce violentamente el empleo obrero productivo, el cual alcanza apenas una proporción de 9.2% (35.3 miles de jóvenes). La despolarización y exclusión laboral de los grupos jóvenes es, pues completa.

CUADRO 2

Chile: Evolución del empleo obrero, empleo marginal y desempleo en la PEA joven no agrícola (15-24 años), 1971, 1980 y 1982

	1971	1980	1982
Empleo obrero en sector productivo (Industria de la construcción y minería)	35.9 (206.9)	16.2 (129.2)	9.2 (75.3)
Empleo obrero en sector no productivo (comercio-servicios)	11.8 (67.5)	13.9 (110.8)	10.5 (86.4)
Empleo marginal (TPCP* comercio y servicios y empleo doméstico)	15.0 (86.3)	15.3 (122.3)	12.0 (98.3)
Programa de Empleo Mínimo (PEM)	—	5.9 (46.9)	12.1 (98.7)
Desocupados cesantes y BTPV**)	8.3 (48.1)	24.3 (193.8)	35.0 (288.6)
Total	71.0 (408.8)	75.6 (603.0)	78.8 (647.3)

Nota: Entre paréntesis se indican las cifras absolutas, en miles.

* TPCP: Trabaja por cuenta propia

** BTPV: Buscan trabajo por primera vez

Fuente: Instituto Nacional de Estadística. Chile.

La crisis industrial provocará una aguda desestructuración de los mercados de trabajo en que participan los jóvenes, pues no sólo deteriora las condiciones de vida, sino que los incorpora en un mundo laboral donde predominan las relaciones semiasalariadas (contratos de aprendices, subsidios estatales), la auto-ocupación y el desempleo cíclico, y donde al mismo tiempo reina la inestabilidad laboral y las limitaciones insubsanables en las posibilidades de sindicalización.

Los efectos del mercado, sin embargo, no se reducen al terreno de los bloqueos ocupacionales. También prolongan sus consecuencias en el campo de la organización no económica. Interesa mostrar aquí los desequilibrios que se han producido en el seno de la familia obrera y de la organización social. En el primer caso, se trata de la desnuclearización y el aumento en la densidad de los hogares en el medio popular, cuyo origen se encuentra en la incapacidad de los jóvenes por constituir hogares propios. Algunas cifras obtenidas en una encuesta reciente ilustran esto:³ a) el promedio de personas por hogar registrado alcanza a 6.6 (mientras DESAL obtenía 5.67 hace veinte años); b) la proporción de familias extensas superó el 50% de los hogares entrevistados, y entre aquéllas la modalidad principal es la que alberga hijos casados con su descendencia en casa de sus padres, y c) por último, se

³ Eduardo Valenzuela, *La rebelión de los jóvenes*, Santiago, SUR, 1984.

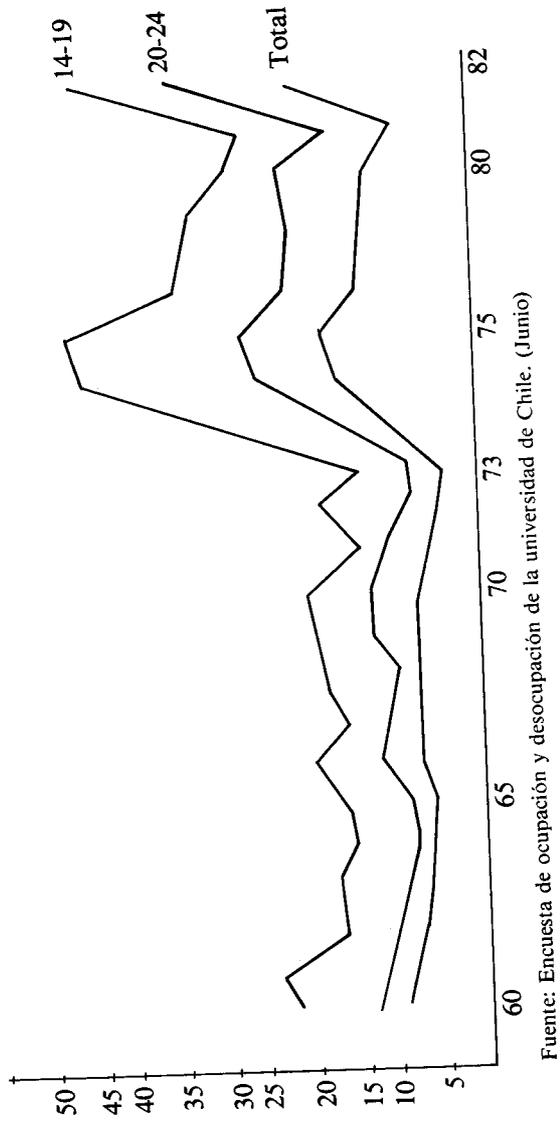
CUADRO 3
Situación ocupacional de los jóvenes en tres poblaciones marginales. Gran Santiago, 1983

	Ventas y trabajos marginales									
	Cesantes PEM	10	20	30	40	50	60	70	80	90
				POH	Ayudantes y aprendices	Empleados domésticos	Operarios, comercio y servicios	Artisanos, y cuenta propia	Obreros sin secundaria	Empleados sin terciario
Jóvenes										
San Gregorio	37.4	7.5	5.5	17.0	2.7	2.7	11.7	5.4	3.4	6.7
Lo Hermida	46.2	1.5	5.5	24.3	1.5	4.5	6.5	4.0	3.5	2.5
H. de la Vict.	32.3	3.2	10.1	27.6	2.8	2.3	5.6	5.4	6.0	4.7
Total	37.8	3.7	7.2	23.7	2.4	3.1	7.5	5.0	4.4	5.2
Jóvenes 15-19 años	46.4	0.9	7.8	22.8	1.8	3.2	10.0	4.2	1.9	1.0
Jóvenes 20-24 años	34.5	5.4	6.9	24.2	2.6	3.1	5.8	5.4	5.6	6.5
Jóvenes Hombres	30.1	0.8	8.7	35.0	3.0	—	6.3	6.8	5.7	3.6
Jóvenes Mujeres	54.9	8.8	4.4	3.4	1.0	8.8	9.3	1.5	2.0	5.9
Jóvenes Solteros	39.5	3.3	7.3	23.7	2.9	3.8	7.7	3.8	3.8	4.2
Jóvenes Casados	36.4	5.1	6.8	23.7	—	0.9	5.9	9.3	6.8	5.1

Nota: El PEM (Programa de Empleo Mínimo) y el POH (Programa Ocupacional para Jefes de Hogar) son dos modalidades de programas gubernamentales, de empleo mínimo.

Fuente: sur Profesionales.

GRÁFICA 1
Evolución de las tasas de desocupación de grupos jóvenes y total de la fuerza de trabajo. Gran Santiago, 1960-1982



Fuente: Encuesta de ocupación y desocupación de la universidad de Chile. (Junio)

encuentra que el 54.2% de los jóvenes casados de la muestra convive con sus padres o suegros y otro 20.6% es allegado neto (comparte residencia pero no ingresos con algún otro hogar).

Esta incapacidad de los jóvenes para contar con vivienda propia —y organizar con ello familias estables— proviene, sin duda, de las políticas de libre mercado aplicadas en este campo (que reducen notoriamente la construcción de vivienda popular) y de la crisis ocupacional mencionada (que impide contar con ingresos estables y suficientes para segregar hogares).

Estos límites en el acceso a la vivienda popular provocan la yuxtaposición de familias en hogares ya precarios. Los trastornos que esto provoca son enormes: en términos generales dañan la cohesión familiar y la estabilidad de los matrimonios jóvenes. Se ha sugerido también que los déficit habitacionales están vinculados con la importancia que adquiere entre los jóvenes la procreación fuera del vínculo matrimonial y el aborto. Como sea, la presión por vivienda ha aumentado fuertemente: se calcula que en Santiago, los allegados fluctúan entre 135 000 y 200 000 familias, lo que representa una demanda reprimida por sitios, del orden de unas 4 000 a 6 000 hectáreas. La envergadura de los movimientos de toma de terrenos es una prueba de la importancia de esta demanda.⁴

La exclusión ocupacional y habitacional son los síntomas más graves de la marginalidad juvenil. En ambos casos se trata de exclusiones que afectan prioritariamente a los jóvenes, como hemos mostrado. También es importante agregar, sin embargo, los déficit de participación que registra la juventud popular. La encuesta citada muestra que alrededor del 70% de los jóvenes carece de organización, como no sean los clubes deportivos (que atraen principalmente a los hombres).

La tasa de sindicalización es prácticamente nula (1.1%), lo mismo que la integración a organizaciones vecinales (0.5%). Sólo la participación en comunidades religiosas (que alcanza al 11% de los jóvenes) y en grupos vinculados a parroquias (10.8%) mejora los índices de organización juvenil. La participación política y corporativa está cancelada en condiciones de autoritarismo político y desintegración ocupacional, y sólo es escasamente compensada por la participación comunitaria vinculada a las iglesias, que han sido uno de los principales refugios frente a la crisis. En definitiva, la integración de los jóvenes con el mundo de las instituciones sociales se limita a la escuela. Fuera de ésta reina un completo divorcio con la sociedad organizada, y sobremane-
ra frente al Estado que aparece —en las condiciones que hemos descrito— como un instrumento casi exclusivamente penal.

⁴ Alfredo Rodríguez, *Por una ciudad democrática*, Santiago, SUR, 1983.

La constitución del mercado como mecanismo de regulación de la vida social (y su contrapartida, el Estado, como pura regulación negativa) ha producido un proceso extraordinariamente agudo de exclusión que afecta sobre todo a la nueva generación. Con todo, la extensión del mercado ha encontrado un límite en la educación.

Los niveles de cobertura escolar que se expandieron aceleradamente en décadas anteriores —es especial en el periodo 1965-1973— continúan su marcha ascendente, pero no caen en este decenio. La actual generación ha logrado reproducir los niveles de escolaridad de los periodos de crisis, cuando aumentan las tasas de participación laboral con ello la deserción escolar. En la encuesta que venimos citando, los jóvenes tenían un promedio de 8.7 años de estudio. El perfil escolar de estos jóvenes se caracteriza por una fuerte promoción intergeneracional (sus padres no alcanzaban los seis años de estudio en promedio), por niveles todavía importantes de deserción en el ciclo básico que afectan a los hombres (la mitad), obligados a ayudar al sustento familiar, por un acceso muy significativo al ciclo medio que favorece a las mujeres (un tercio logra completar la enseñanza secundaria) y por límites infranqueables en el acceso a la educación superior véase el cuadro 4).

CUADRO 4

Chile: Evolución de la cobertura relativa del sistema educativo por niveles, 1960-1980

Años	Educación básica y media (6-18 años)	Educación media (15-19 años)	Educación universitaria (20-24 años)	Total (0-24 años)
1960	62.8	14.4	4.0	33.2
1970	81.9	32.8	9.2	47.0
1975	91.3	42.9	16.8	54.5
1980	88.2	44.4	10.8	50.8

Fuente: Instituto Nacional de Estadística.

Los datos permiten sostener que, aunque persiste la deserción en la enseñanza básica (probablemente ha aumentado con las dificultades económicas), la deselitización de la enseñanza secundaria es un proceso consolidado. La introducción de criterios de mercado en la educación se produjo básicamente en la postsecundaria (debido a la creación de un mercado de educación superior sujeto a autofinanciamiento que incluso se extendió a las universidades estatales) y limitó definitivamente el ya precario acceso de los jóvenes de estratos bajos a este nivel. En los tramos inferiores, sin embargo, aunque la cobertura de la

matrícula pública disminuye, no existe una reversión significativa. Fue un terreno donde el mercado no penetró.

Estamos en presencia, por lo tanto, de una generación altamente escolarizada (al menos con ventajas intergeneracionales netas), muy distinta de las masas marginadas de antaño. Sin duda, esta característica sólo contribuye a hacer más dramática la marginalidad de los jóvenes.

La promesa secular de la educación como vehículo de movilidad social (que en efecto se cumplió en el decenio anterior, cuando la promoción escolar iba acompañada de urbanización, remuneración del trabajo y extensión de los derechos políticos) se desmiente en esta década. La contradicción entre una generación escolarmente promovida (y por lo demás casi enteramente de origen urbano) y al mismo tiempo despojada de empleo, de hábitat y de derechos civiles, es manifiesta.

Todos los procesos de exclusión que hemos comentado son al mismo tiempo de desintegración de la vida social; equivalen paradójicamente a volver al punto de partida de todas las estrategias de desarrollo y modernización de hace veinte años. No obstante, esta vez no se trata de la desarticulación de los nexos comunitarios típicos de la hacienda y de la descomposición de la conciencia religiosa en que descansaba la integración de las masas tradicionales, sino de una crisis generalizada del modelo obrero de integración social.

La característica principal de este modelo fue la disposición de trabajo asalariado y su defensa por medio de la sindicalización y el acceso organizado al Estado. Demás está decir que este proceso de integración se realizó contra las tendencias disolutivas del mercado que convertía el trabajo manual en trabajo simple e intercambiable (disolución de los oficios) y constituía un mercado libre de fuerza de trabajo regulado con los salarios. La integración obrera se realiza siempre combatiendo estos efectos desintegradores del mercado por medio de la defensa de la estabilidad del trabajo y la lucha por la apropiación de los excedentes productivos. Sin embargo, esta capacidad de controlar las determinaciones de mercado se resiente gravemente con la desindustrialización y la atomización laboral que hemos mencionado. Los jóvenes quedan inermes frente a los procesos de desestructuración mercantil.

Las orientaciones de acción

El concepto de anomia indica por sí mismo la escasa densidad normativa en que viven determinados grupos sociales. Anomia significa eti-

rológicamente “ausencia de normas”. Éste es justamente nuestro caso: el imperio de las relaciones de mercado produce una vacancia normativa, el síndrome de “la ley de la selva”. Además de los efectos disciplinarios de la escuela —y en parte de los sistemas de comunicación públicos—, el mundo de los jóvenes se caracteriza por relaciones privadas y poco duraderas, en los mercados de trabajo, por la huida del entorno familiar, el ocio forzado, la vagancia y la recreación. Todos espacios normativamente poco estructurados: el mundo de las calles. El autoritarismo ha producido aquí su contrario; ya no disciplinamiento social sino dispersión. En efecto, los jóvenes quedan fuera de las jerarquías y de los mecanismos institucionalizados de control social.

El mundo de los jóvenes está, como contrapartida, fuertemente penalizado. Se les castiga por vagancia, por drogadicción y alcoholismo, por prostitución, por delitos comunes, por ofensas a la moral y comercio callejero, etc., situaciones todas que abundan entre la juventud popular. En el caso de los que están organizados se aplica el rigor de la represión política, cuya presencia e intensidad no necesitamos demostrar. El Estado se hace presente en la forma del castigo: como policía. Carece de los recursos para producir obediencia por medio de normas legitimadas y para provocar, correspondientemente, lealtades sociales entre los jóvenes. El Estado es pura negatividad; actúa por medio de la amenaza y el castigo, conteniendo las posibilidades latentes de desviación y rebelión.

Tanto la desestructuración mercantil como la penalización estatal muestran el divorcio que existe entre los jóvenes y las instituciones sociales. Este divorcio se expresará en dos planos: a) en el de las relaciones sociales, donde aparece la exclusión (los jóvenes están usualmente fuera de las instituciones sociales) y su contracara, la atomización (los jóvenes participan dentro de espacios normativamente poco estructurados y de escasa solidaridad y comunicación colectiva), y b) en el de las orientaciones culturales, donde tenemos el extrañamiento (escasa identificación con las metas culturales del Estado y la sociedad) y, como contrapartida, la desintegración cultural (escasa capacidad y comunicación y creación cultural propias).

Los factores de exclusión y extrañamiento apuntan a destacar la distancia que prevalece respecto de las instituciones del orden social, mientras que los factores de atomización y desintegración indican el estado de dispersión y falta de horizonte que existe entre los jóvenes. Estos últimos términos nos permiten, además, explicar la escasa producción de conductas organizadas que se aprecia entre esta juventud, aunque, como veremos más adelante, existen importantes excepciones. Podemos reseñar las orientaciones de acción que resultan de estas condiciones en el siguiente cuadro:

Orientaciones de acción entre jóvenes del estrato popular

	<i>Estabilidad económica</i>	<i>Crisis económica</i>
<i>Jóvenes no organizados</i>	Retraimiento (drogas)	Revuelta (protesta)
<i>Jóvenes organizados</i>	Resistencia (comunidades cristianas)	Movilización (radicalismo)

En una dimensión horizontal observaremos que las conductas de retraimiento y rebelión corresponden a jóvenes no organizados que indican a la vez la línea de mayor intensidad anómica. Las conductas de refugio y movilización, en cambio, congregan a los jóvenes organizados y señalan la línea de reducción anómica. En una dimensión vertical notaremos, a su vez, que las conductas de retraimiento y resistencia prevalecen en períodos de estabilidad económica, mientras que las de revuelta y movilización son propias de períodos de crisis. En el primer caso predominan las múltiples formas de reacción y defensa frente a las condiciones de marginalidad; en el segundo se abren posibilidades para un enfrentamiento social generalizado.

Retraimiento y resistencia

El mundo de los jóvenes será pues un espacio de conductas desorganizadas y de crisis de identidad. La anomia sobreviene aquí como “emergencia de los deseos y de las pasiones” (usando la terminología de Durkheim) despojadas de cualquier control normativo y horizonte cultural. Los mecanismos de autodisciplinamiento propios de las conductas integradas —el ascetismo del ahorro y de la acumulación se encuentra en el mundo del trabajo, por ejemplo— se resienten por completo.

Entre los jóvenes puede observarse nítidamente este fenómeno, sobre todo en aquellas conductas que se orientan hacia la búsqueda de placer inmediato. Por ello el uso de las drogas, pero también de las orientaciones vinculadas con el erotismo, la música y la recreación. La experiencia con drogas tiene, en la actualidad, un fin casi exclusivamente evasivo: el goce inmediato y los efectos ansiolíticos que rompen, aunque sea pasajeramente, con las estructuras reales del espacio y del tiempo y permiten sortear las penurias de la vida. Al mismo tiempo, la droga ha dejado de ser una experiencia culturalmente densa, ni está vinculada tampoco con orientaciones comunitarias. La modalidad *hippie* del uso de las drogas ha desaparecido. Las conductas eróticas de los jóvenes marginales, caracterizadas por la desinhibición y el

lesprejuicio, aunque esencialmente inestables se ubican también en ese género de orientaciones hacia la búsqueda de placer inmediato.

Las drogas y las múltiples formas que asume el retraimiento individual son indicativas del estado de desintegración y atomización prevaleciente. Sin embargo, es posible encontrar una reacción frente a esto: es la recuperación de la comunidad, cuya modalidad principal serán las comunidades cristianas de base que florecen —particularmente en esta coyuntura— en el medio popular.

El renacimiento de los movimientos comunitarios es un fenómeno sorprendente que evoca las comunidades populares pentecostales descritas por Lalive.⁵ El pentecostalismo fue la contraparte religiosa del modelo de integración obrero en las ciudades. Su expansión coincidió con el periodo de migraciones internas (alrededor de la década de los treinta) con la declinación de la sociedad rural y los inicios de la industrialización. Este típico fenómeno de transición provoca el desarraigo en las masas populares. Pues bien, Lalive descubre que el pentecostalismo penetra justamente en las categorías marginales de la sociedad movilizada, en las periferias urbanas y en las zonas rurales de frontera donde la estructura de la hacienda se deteriora más intensamente.

En términos generales mientras el socialismo crece como ideología obrera, el pentecostalismo se desarrolla entre las masas marginales desarraigadas, las que se refugian dentro de un orden de valores tradicional y se extrañan culturalmente de la sociedad urbana.

El pentecostalismo fue —al menos en su etapa predenominacional— una expresión del milenarismo religioso popular: rechazo del mundo moderno, es decir, de la sociedad urbana, industrial y de masas, y confianza en la consecución de un nuevo orden regido por los valores espirituales. Lalive comprueba, en efecto, que el pentecostalismo de los primeros tiempos se caracterizó por su rechazo al dinero y el lucro (al revés de la tesis weberiana sobre la correspondencia entre la ética protestante y el espíritu capitalista), por los bajos índices de promoción y movilidad intergeneracional y por las resistencias igualmente significativas a la participación social (sindicalización) y política (abstención electoral).

Es preciso advertir, sin embargo, que los jóvenes no militan en las comunidades pentecostales, pese a que éstas han aumentado enormemente en los últimos años tras el cierre del ciclo de la “promoción popular” de los años sesenta. Es difícil discernir las razones de este fenómeno: es muy probable, empero, que influya decisivamente la transformación del pentecostalismo en Iglesia, la atenuación de su milena-

⁵ C. Lalive, *El refugio de las masas. Estudio sociológico del pentecostalismo chileno*, Chile, Ed. del Pacífico, 1968.

rismo original y su compromiso con el mundo secular. El pentecostalismo se habría convertido crecientemente en una "técnica de sanción frente a situaciones de desintegración social agudas (alcoholismo, prostitución, delincuencia, etc.), y con ello, la conversión pentecostal sería solamente una reacción frente a la presencia, muchas veces inmediata, de la muerte social de los individuos. En tal caso, los jóvenes se encontrarían en la situación previa a la situación pentecostal, viven aún en el mundo de los deseos y las pasiones, sin la evidencia de la muerte, y por lo tanto sin el apremio de la salvación.

La comunidad pentecostal no se reproduce, pues, entre los jóvenes: éstos permanecen en el mundo desencantado de las drogas o recurren a las comunidades cristianas de base. Ahora bien, es en estas comunidades —pese a su variedad— donde encontramos una nueva expresión del milenarismo popular: el rechazo, otra vez, del mundo secular (cuyos acentos están puestos en la crítica del mercado y del Estado) y la promesa de un mundo nuevo. Las comunidades cristianas son —y a veces exclusivamente— un movimiento de resistencia comunitaria (que apela a la defensa y recomposición de una solidaridad perdida), pero también encarnan la certidumbre de un nuevo orden social fundado en nexos comunitarios (ni institucionales, ni contractuales). Las comunidades son actualmente las depositarias de una utopía social. Con todo, estamos aquí ante un milenarismo secularizado: el advenimiento del mundo nuevo es obra de la acción humana; ni evangelización, ni pura esperanza escatológica (y por lo tanto, indiferencia frente al mundo) sino "praxis histórica", para usar los términos corrientes de la teología de la liberación.

El carácter de esta praxis histórica, sin embargo, no se despega nunca de su raíz comunitaria (y no se confunde, por ello, con la acción política secular): es el recurso al testimonio y al compromiso no instrumental (y la renuncia por lo tanto a toda vocación de poder); la crítica permanente de las instituciones (que incluye no solamente al Estado sino que alcanza a la escuela, los partidos políticos, la *intelligentsia* crítica de la propia Iglesia), la identidad con el pueblo (al que se le imputa una cultura solidaria precisamente porque residiría fuera de los marcos del intercambio) y, sobremanera, el rechazo del mercado y las relaciones contractuales como fundamentos de la convivencia social. Todo esto constituye propiamente la ideología del comunitarismo católico, cuya orientación y sentido general apuntan a la defensa frente a los procesos de desintegración popular muy agudos y a la crítica de la cultura de la modernidad que los ha provocado.

Reuelta y movilización política

La crisis ha abierto las compuertas de la protesta social y los jóvenes han emergido como un actor preponderante. El centro de esta movili-

ción, sin embargo, proviene de los grupos sometidos a intensa desintegración social. Es una "rebelión anómica": la movilización que prima entre la juventud popular carece, en efecto, de principios positivos de acción; es esencialmente un movimiento negativo, con escasa identidad y, menos todavía, referencias a un proyecto histórico de sociedad.

La rebelión asumirá dos características: inorganicidad (revuelta de los grupos desestructurados de la sociedad) y agresividad (ausencia de principios positivos y de un horizonte de acción). La rebelión es originalmente tumultosa y negativa, expresión de las condiciones en que viven los jóvenes y que no necesitamos volver a describir aquí. Su manifestación concreta será la revuelta callejera que indica el desplazamiento hacia escenarios no institucionales (las calles, el lugar donde habitan los jóvenes), el carácter también no institucional de los procedimientos de lucha (ocupación espacial, barricadas, enfrentamientos con la policía) y, sobre todo, la inexistencia de demandas y aspiraciones positivas.

Aunque el grado de organización de las "protestas"⁶ se incrementa, éstas continúan asociadas a comportamientos de masas, con escasa disciplina (salvo para el ejercicio de medidas básicas de autodefensa como barricadas en lugares de acceso y cortes de energía eléctrica) y débil reconocimiento de liderazgos locales (excluyendo en algunas partes a los párrocos). La protesta juvenil, en efecto, es un fenómeno clásico de multitudes: en ella se incorporan las organizaciones políticas y comunitarias, pero centralmente el grueso de los jóvenes no organizados, incluyendo los grupos informales vinculados a las drogas y la delincuencia.

Asimismo, la agresión anómica se manifiesta por doquier: contra la policía, desde luego, cuya represión ha exacerbado la agresividad juvenil; contra la propiedad pública (locales gubernamentales como centro de madres, oficinas de empleo mínimo, ornamentos patrióticos en plazas públicas, señales de tránsito, edificios públicos), en muchas ocasiones contra el comercio local, el transporte colectivo y los propios transeúntes (especialmente los que poseen o se movilizan en automóvil). En definitiva, es la revuelta contra la sociedad organizada, al menos contra sus expresiones territoriales dentro de las poblaciones.

No obstante, una rebelión aunque originalmente anómica tiende a buscar principios positivos de acción; la fuerza en esencia negativa y desestructurada de la revuelta se organiza culturalmente. En el curso de las movilizaciones actuales observemos un fenómeno de este tipo, cuya expresión predominante es la reaparición del "allendismo".

⁶ Manifestaciones callejeras a las que es llamada periódicamente la población por las organizaciones sociales y políticas de oposición desde 1983.

CUADRO 5

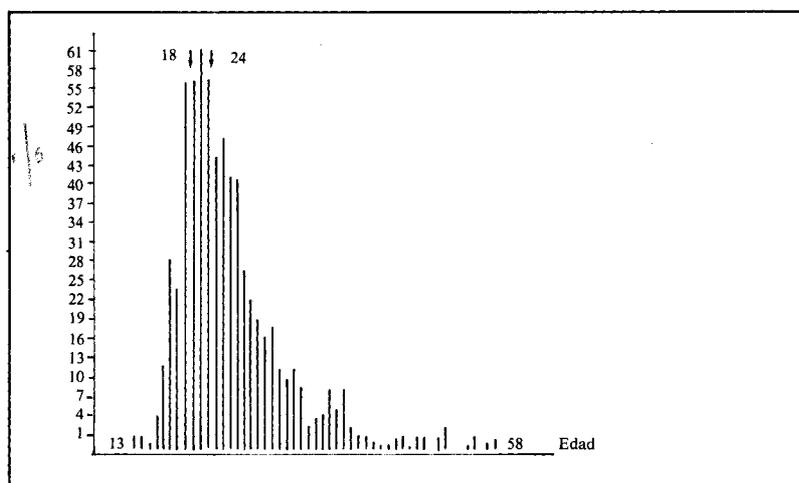
Chile: Heridos con resultados de muerte y heridos por bala en protestas y manifestaciones por tipo de actividad, mayo de 1983-mayo de 1984

	<i>Jóvenes (15-25 años)</i>		<i>No jóvenes (menores y adultos)</i>	
	<i>Muertos</i>	<i>Heridos</i>	<i>Muertos</i>	<i>Heridos</i>
Estudiantes	10	24	5	9
Cesantes	5	19	3	1
POJH-PEM	8	12	1	1
Obreros	2	11	4	10
Trabajador por cuenta propia	3	3	3	2
Vendedores ambulantes y similares	3	4	4	2
Empleados	3	7	2	4
Dueña de casa	2	4	5	5
Sin clasificación	2	17	10	21
Total	38	101	37	55

Fuente: Vicaría de la Solidaridad.

GRÁFICA 2

Chile: Estructura de edad de los detenidos por causas políticas, 1983



Fuente: Vicaría de la Solidaridad.

Para explicar la fuerza del allendismo en las nuevas generaciones ya que no se trata solamente de la representación política del viejo lectorado de la izquierda) debemos remitirnos a ciertas hipótesis ya clásicas en la sociología política; a saber, la predisposición y la necesidad de representaciones carismáticas (no institucionales) que contiene una rebelión desestructurada como la que protagonizan los jóvenes. Es, por ejemplo, la explicación habitual acerca del surgimiento del caudillo populista entre la masa de marginados de la ciudad.

El liderazgo carismático resuelve la necesidad de integración de masas culturalmente desarraigadas. Esta misma necesidad es la que preside la revuelta de los jóvenes: muchas veces se le ha interpretado erróneamente como una rebelión antiautoritaria, esto es, como crítica de las estructuras de poder y defensa de la libertad individual. En las páginas precedentes, sin embargo, hemos mostrado el efecto perverso del autoritarismo: la descomposición de la solidaridad colectiva antes que el disciplinamiento social. En estas condiciones, la demanda que expresa la movilización no es exactamente libertad (o supresión colectiva: democracia liberal), sino identidad, que por lo demás puede adquirir formas autoritarias. El reclamo fundamental que subyace a la movilización juvenil es, finalmente, la necesidad de integración social y cultural, que antecede, y a veces se contrapone, a la lógica del pacto o contrato democrático.

Es fácil advertir las tensiones que se producen en una movilización anómica que es representada en liderazgos institucionales. Tales tensiones, incluso con respecto a liderazgos obreros, son plenamente visibles en la actual coyuntura chilena y remiten a tensiones más estructurales entre la masa de jóvenes desproletarizados y el sindicalismo obrero (y con mayor razón frente al *establishment* político que se mueve tras la reconstrucción de un pacto democrático).

El sindicalismo es un poder institucional (que se inscribe en la lógica del pacto y de la negociación de intereses) y, además, extraordinariamente conservador en periodos de crisis. Con la desindustrialización el poder obrero pierde su centralidad estratégica: en términos de número, concentración y peso económico, el sindicalismo se ha debilitado enormemente en la última década, debilidad que se refuerza con la crisis y el control represivo. Como ha sido demostrado ya, el proletariado (especialmente el industrial) se ha reducido en números relativos y absolutos, su heterogeneidad aumenta como consecuencia del predominio de la pequeña y mediana industrias y su peso material se desplaza desde la industria privada de importaciones hacia la industria estratégica controlada por el Estado.⁷ El sindicalismo en las empresas públicas (cobre, petróleo, acero, energía, etc.), a su vez, está extrema-

⁷ J. Martínez, E. Tironi, *Las clases sociales en Chile*, Santiago, SUR, 1985.

damente expuesto a la represión y a la corrupción de los favores gubernamentales. El conservadurismo obrero aflora con inusitada fuerza, acicateado por el desempleo (que desalienta la lucha sindical por el temor a perder el trabajo) y la crisis (que orienta la lucha sindical hacia la defensa de la empresa).

En contrapartida, el peso de las masas populares excluidas del empleo y de la participación política se ha redoblado; es terreno propicio para la reaparición del radicalismo político, vale decir, para una crítica global de las instituciones. Es cierto que se ha tenido la precaución suficiente para conservar y fortalecer la alianza entre estas masas marginadas y el poder sindical (y el papel que ha desempeñado la dirigencia sindical en la movilización social así lo confirma). No obstante, el peso que han adquirido los jóvenes desproletarizados en la lucha social es un signo del nuevo carácter que asume la movilización política, cuya tendencia hacia el radicalismo se acentuará día a día mientras perduren las condiciones que la han hecho surgir.

Esta disposición hacia el radicalismo entre los jóvenes se expresará, antes que por la adhesión a liderazgos institucionales, por la reaparición del sacrificio mítico como principio de identidad: el allendismo.

La paradoja del allendismo es extraordinaria. Allende fue el dirigente más representativo de la izquierda institucional; para los estudiantes radicales de los setenta es el símbolo de la política tradicional, parlamentaria y constitucionalista. El carisma de Allende, sin embargo, proviene hoy de su muerte trágica, de sus últimos momentos: es un símbolo épico, reforzado por la censura y persecución que el gobierno militar ha hecho de su memoria. Para una generación que no conoce de formas institucionalizadas de participación y representación, la "epicidad" de Allende es el atributo adecuado: es la dignificación a través del combate, aun con el riesgo de la derrota y de la muerte. Esta dimensión de sacrificio del allendismo está contenida plena y dramáticamente en la consigna que los jóvenes más radicales gritan por doquier: "Morir, luchando; de hambre, ni cagando."

El allendismo desempeña un papel central: a través del sacrificio colectivo funda (o refunda) la noción de "pueblo". Esta lógica de sacrificio, desde luego, no se realiza sólo por medio de la invocación del nombre de Allende, sino que se actualiza en la representación cotidiana de la muerte, tan intensamente presente en el curso de las recientes movilizaciones sociales.

El sacrificio funda, en efecto, los valores y la identidad, pero lo hace fuera del mundo de las instituciones sociales. La pretensión de las sociedades modernas fue, por el contrario, eliminar el sacrificio y, más exactamente, introyectarlo o privatizarlo: eliminar la representación colectiva de la muerte, de la incertidumbre y la desintegración. Tal es justamente la función de las instituciones sociales: definen el sentido que constituye el orden social y evitan la anomia, cuya expre-

En máxima es, sin duda, la presencia de la muerte. Existen momentos, sin embargo, en que el mecanismo de las instituciones falla por completo: son incapaces de cumplir la función "nómica" de establecer los sentidos apropiados y eliminar la incertidumbre y el caos. Éste es también el momento en que la representación del sacrificio se restituye como experiencia colectiva.

En la vida moderna —ha escrito Pedro Morandé⁸— la oposición vida-muerte es equivalente a la oposición orden-caos. La ética del sacrificio nunca es remplazada del todo, pero se convierte fundamentalmente en una ética funcional. Entre estos jóvenes, empero, la constitución de los valores y de la identidad ya no puede realizarse en los marcos de la adecuación al orden: deben buscarse necesariamente fuera de él, en la comunidad o en la subversión; en ambos casos, fuera de la lógica del contrato social.

Todas las orientaciones de acción que hemos descrito son expresivas de la situación de desintegración y exclusión en que se encuentran los jóvenes. Hemos reseñado el origen de este fenómeno: la extensión del mercado como principio de regulación de la vida colectiva y, específicamente, la crisis del modelo obrero de integración urbana.

Los jóvenes reproducirán en estas condiciones todas aquellas conductas que la modernización quiso desterrar: las orientaciones hacia el placer inmediato, la resistencia comunitaria y el milenarismo religioso (característico como hemos visto del modelo pentecostal de integración), la agresión anómica y la reaparición de mitos sacrificatorios (no funcionales) como principios de identidad colectiva. Todas estas orientaciones refutan la lógica de la movilidad y de la concertación contractual (basada en el acuerdo de sujetos mutuamente orientados hacia la maximización de fines propios); vale decir, contradicen el principio constitutivo en que pretende fundamentarse la vida moderna.

⁸ P. Morandé, *Cultura y modernización en América Latina*, Cuadernos del Instituto de Sociología de la Universidad Católica, Santiago, 1984.

